

Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en perspectiva de género

Óscar Guasch¹

Joan Vendrell Ferré
Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Con este libro dedicado a cuatro figuras conspicuas, prácticamente tipos, de la masculinidad occidental, el doctor Óscar Guasch, de la Universidad de Barcelona, continúa y expande la indagación que veíamos esbozada en *La crisis de la heterosexualidad*,² eligiendo para ello idéntico formato: el ensayo.

El ensayo tiene la ventaja de permitir una presentación mucho más directa de las ideas de un autor, sepultadas en ocasiones bajo montañas de datos, o circundadas de prolijas explicaciones, en las monografías convencionales. Óscar Guasch hace un abundante uso de esa ventaja, empleando para ello un estilo sumamente claro y directo. Aquí el autor tiene muy claro lo que quiere decir y nos lo dice sin ambages, sin rodeos, sin eufemismo alguno y con muy pocas concesiones a la convención académica. Nos encontramos ante un libro de afirmaciones contundentes, con pocos matices. Así, por ejemplo, Guasch nos dice cosas como las siguientes: "la homosexualidad es una forma culta (científica, si se quiere) de homofobia" (p. 12), o "la sexualidad es una estrategia de control social que regula el deseo erótico" (p. 87). Ambas, afirmaciones sumamente sugerentes, y de igual modo, discutibles. Además, se trata de afirmaciones que sólo resultan comprensibles en un determinado contexto de aproximación a las cuestiones sexuales y de género: el constructivismo o construccionismo social, con especial atención a las tesis desarrolladas por la Historia de la sexualidad de Michel Foucault y por los autores que se han movido desde entonces en su estela.

La visión de la homosexualidad como forma culta, en la versión científica de la cultura, de homofobia, únicamente puede entenderse desde la compren-

¹ Óscar Guasch (2006), *Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en perspectiva de género*, Barcelona, Bellaterra.

² Óscar Guasch (2000), *La crisis de la heterosexualidad*, Barcelona, Laertes. Hilario Topete Lara reseñó este libro para el primer número de la *Revista de Estudios de Antropología Sexual*.

sión de la misma, así como de la heterosexualidad, como categorías culturales históricamente datables. Como ya dijimos, el origen de esta interpretación, al menos en la obra de Guasch, hay que remontarlo hasta Michel Foucault y el primer volumen de su *Historia de la sexualidad*, *La voluntad de saber*. Para los foucaultianos posteriores, entre los que se encuentran tanto Óscar Guasch como quien suscribe estas líneas, la imposibilidad de hablar de “homosexualidad” antes del siglo XIX para la cultura occidental, así como para cualquier otra cultura antes de la globalización de las categorías sexológicas occidentales, resulta hoy una obviedad. La homosexualidad se deriva de una lectura médica de las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, a partir de la cual se crea una categoría nueva de análisis y de discurso, y con ello una nueva forma de identidad. Desde este punto de vista, la homosexualidad y la heterosexualidad definirían realidades propias de la modernidad, inscritas en el dispositivo de sexualidad contemporáneo (de nuevo Foucault), un tipo de realidades que no se puede transponer a otras épocas o culturas sin caer, o bien en el anacronismo, o bien en el etnocentrismo, o en ambas cosas a la vez. Esto es suficientemente conocido para cualquier lector de Foucault o de sus epígonos, pero aquí Guasch nos ofrece otra vuelta de tuerca, un doble salto mortal: ligar la homosexualidad con la homofobia, en el sentido de ver a la primera como una forma de la segunda —y no, como suele hacerse, a la segunda como simple recusación de la primera—, y al mismo tiempo convertir la homofobia en una categoría de más amplio alcance que la de la homosexualidad, algo que la trasciende y a la vez la enmarca, en un sentido tanto histórico como cultural.

El doble salto mortal propuesto por Guasch no carece, por suerte, de red. La clave está en comprender que la categoría “homosexualidad” se refiere a un sistema u orden de “sexo”, el cual resulta estrictamente contemporáneo, o moderno, si se quiere, y no se puede transponer, en efecto, a otras épocas o a otras culturas sin forzar o falsear la realidad. “Homofobia”, en cambio, es una categoría que se puede situar, y que de hecho Guasch sitúa, en referencia a un sistema u orden de “género”. Este tipo de sistemas se encuentra en todas las culturas conocidas. Aunque carezcan de la noción de “género” en el sentido que le da la teoría de género contemporánea, todas las culturas definen para sus miembros posiciones reconocibles desde la óptica de lo que para nosotros es el género, es decir, posiciones equiparables a lo que nosotros entenderíamos como masculinidad o feminidad, junto con aquellas otras que se puedan presentar en sistemas de género no estrictamente duales. En cambio, no todas las culturas, en realidad ninguna fuera de la nuestra —occidental contemporánea, si bien cada vez más “globalizada”— disponen de un sistema de identidades sexuales que encierre a las personas —del género que

sean— en categorías equiparables a nuestras heterosexualidad u homosexualidad. Es por ello posible hacer una historia de la homofobia como la de Byrne Fone, remontándose hasta la Antigüedad, historia en la cual, sin embargo, la figura del homosexual, sin comillas, no puede aparecer hasta el capítulo dedicado al periodo victoriano, a partir de 1850.³ Las actitudes homofóbicas se pueden rastrear en culturas como la griega o la romana antiguas, en relación con la transgresión del orden de género definido para ellas, pero algo como el “homosexual” no existe en esos medios (por supuesto, tampoco el “heterosexual” ni, *sensu strictu*, el “bisexual”), dado que jamás desarrollaron un “orden de sexo” como el nuestro, llamado por Foucault el dispositivo de sexualidad.

Con esta apertura, entonces, Óscar Guasch efectúa el paso desde su interés por el dispositivo de sexualidad y por la deconstrucción del sistema de “identidades” —y las políticas concomitantes— definido por él mismo, a un nuevo interés por el sistema, más amplio, de género, el cual abarca el orden sexual y, por ello, permite comprenderlo más allá de las ilusiones sexológicas habituales. En este libro, y de forma coherente con sus antecedentes como analista de las identidades histórico-culturales del varón que tiene sexo con otros varones (sodomita, homosexual, entendido, gay...), Guasch se va a seguir ocupando de los varones, pero ya no de las identidades “sexuales”, sino de aquellas que tienen que ver con el género. Es decir, nos encontramos ante un análisis de la masculinidad, o incluso de lo que algún autor ha llamado las sugerencias masculinas.⁴

Para colocar a los varones en perspectiva de género, el autor ha elegido cuatro de dichas sugerencias. Podía haber elegido otras, haberse planteado otro esquema. De hecho, las posibilidades son múltiples. La primera figura elegida por Guasch, por ejemplo, la del héroe, coincide con una de las “máscaras masculinas” analizadas por Enrique Gil Calvo, pero en el esquema de éste, el héroe se completa con el patriarca y con el monstruo, y el análisis se estructura siguiendo una orientación biográfica.⁵ Todo varón, en efecto, y en esto parecen coincidir, aunque con diferentes perspectivas, Guasch y Gil Calvo, debe enfrentarse a su identificación con el “héroe”, figura iniciática. El héroe es el varón en formación, en proyecto. A partir de ahí, según Gil Calvo, se le abren dos caminos: 1) el exitoso, el “normal”, que lo convertirá

³ Byrne Fone (2000), *Homophobia. A History*, Nueva York, Metropolitan Books.

⁴ José Enrique Ruiz-Doménec (1993), *La novela y el espíritu de la caballería*, Barcelona, Mondadori.

⁵ Enrique Gil Calvo (2006), *Máscaras masculinas. Héroe, patriarcas y monstruos*, Barcelona, Anagrama.

en un patriarca, fundador, proveedor y a la vez protector, de su propia familia, pero también en tirano de sus dependientes, de las mujeres y los menores a su cargo, o 2) el fracasado, el anormal, el "desviado" que lo llevará a la condición de monstruo, hombre fallido, incapaz de fundar, proveer o proteger, y por ello tendente a todo lo contrario, a cuestionar, saquear o destruir el orden patriarcal, individuo peligroso. El patriarca y el monstruo son los destinos posibles del varón adulto, pero se trata preferentemente, en el caso de Gil Calvo, de analizar la carrera moral prevista para el varón heterosexual. El interés de Guasch, en cambio, es muy distinto; este autor se sitúa de entrada en la perspectiva del "monstruo", un tipo de monstruo que rehuye el patriarcado y que, quizá por ello, es contemplado a partir de su soltería: "Quizás es porque los solteros jamás alcanzamos el estatus de adultos. Y eso nos condena a un espacio simbólico análogo al de las mujeres" (p. 13). Se trataría, entonces, de varones incompletos en cuanto a la asunción de su identidad de género, pero también en cuanto al recorrido socialmente previsto por el sistema de edades: "A los hombres solteros se nos piensa como adolescentes inmaduros" (p. 13). Desde la perspectiva de los varones feminizados e inmaduros, atributos de lo que para Gil Calvo sería el monstruo masculino, la división entre los caminos de la adultez correcta e incorrecta, normal y desviada, ya no tiene mucho sentido; simplemente jamás se alcanza adultez alguna desde un punto de vista social. Por ello, el esquema de Guasch no se estructura tanto biográfica como históricoculturalmente. Parte del género, como ya hemos dicho, pero sus figuras masculinas no se articulan según un único argumento, sino a partir de al menos dos ejes reconocibles. El primero es el del héroe, al cual encontramos tratado de dos formas: como figura genérica y a partir de una de las identidades heroicas conspicuas de la modernidad: el científico. Podemos preguntarnos por esta elección. Al parecer, para Guasch el científico encarna en la sociedad actual una serie de elementos asociados a la masculinidad, una reunión de conocimiento y poder, sabiduría y experiencia. Además, ejemplifica el proceso de racionalización en un sentido weberiano: "la búsqueda de la eficiencia y la pretensión de objetividad son consecuencia directa del proceso de racionalización. La primera se asocia a la productividad y la segunda se asocia tanto al derecho positivo como (sobre todo) a la producción de conocimiento legítimo" (p. 60). Todo eso es cierto, pero también lo es la ambigüedad de la figura del científico, que puede oscilar entre el héroe cultural y el monstruo —y, por supuesto, puede tratarse asimismo de un patriarca—. La figura del "científico loco", surgida en el imaginario occidental en el temprano siglo XIX con el doctor Frankenstein y continuada después con otro doctor, Jekyll, confirma lo que decimos. Frankenstein, el "moderno Prometeo", construye a su monstruo con pedazos

de cadáveres, mientras que el doctor Jekyll lo que hace más bien es dar rienda suelta a su otro yo, la cara oculta, sombría, de la ciencia, Mister Hyde. Desde entonces hemos tenido a los doctores Moreau —otro creador de monstruos—, Mabuse, Caligari y un largo etcétera de científicos locos, criminales o provocadores de catástrofes. Ellos nos muestran la cara sombría de la ciencia, del proceso de racionalización y quizá de la masculinidad contemporánea misma como proyecto racional. Desde esta perspectiva, la elección del científico como personaje “tipo” de la masculinidad contemporánea por parte de Guasch se nos muestra más clara si tenemos en cuenta lo dicho sobre su punto de partida, que no es el del patriarca como varón exitoso sino el del monstruo como varón inmaduro, fracasado o desviado, o al menos que corre el peligro de caer en todo ello.

En su segundo eje Guasch retorna a su interés por la deconstrucción de las identidades sexuales, oponiendo al heterosexual y al gay —no al homosexual, quizá por las razones que ya hemos analizado—, pero vistos desde la perspectiva del sistema de género y no tanto desde la del dispositivo de sexualidad. Aquí lo que está en juego es también la masculinidad normativa y sus desviaciones, pero desde la óptica concreta del rechazo de la heterosexualidad encarnado por el gay contemporáneo. Resulta interesante que el autor sitúe al gay junto al “marica”, y ambos junto a figuras clásicas de la transversalidad de género tal como ha sido descrita y estudiada desde la antropología: el berdache y ciertas formas de chamanismo. Una vez más, constatamos el interés de Guasch por relacionar lo sexual con lo genérico, pero encontramos aquí otra de sus preocupaciones principales en este libro: desmarcarse de lo políticamente correcto. Sobre esto último nos dice el autor: “detesto las imposturas derivadas de la corrección política que busca tolerar (con empatía socialdemócrata) a quienes se apartan de las normas, cuando, en realidad, los desprecian” (p. 13). Podemos encontrar aquí, junto a la reivindicación de términos como el de “marica” —nosotros podríamos reivindicar al “joto”— y su elevación al rango del políticamente correcto “gay”, el cuestionamiento que hace Guasch del llamado, y en España ya completamente legalizado, “matrimonio gay”. Para el autor, “la centralidad de la reivindicación del derecho al matrimonio por parte del movimiento gay hegemónico” cabe situarla dentro de una búsqueda de “respetabilidad” por parte de dicho movimiento y de la presentación pública de lo gay en su conjunto, que sólo conduce a la división del movimiento entre integrados y disidentes, entre un sector hegemónico que estaría ahora ocupando el centro del mismo, y los grupos que se mueven en los márgenes y todavía se resisten a la asimilación social, es decir, la asimilación por parte del orden vigente de género. Asociando una etiqueta científica como la de “homosexualidad” directamen-

te a la homofobia, no como suscitadora sino como una de las formas de la misma homofobia, y situando al marica junto al gay como figuras "previstas" dentro del orden vigente de género, Guasch parece querer cuestionar el orden dentro del orden, la tendencia de las sociedades a prever, integrar, clasificar y ubicar a sus disidentes para, en última instancia, dejar intocado el sistema.

Por su misma "incorrección política", muchas de las ideas vertidas por Guasch en este libro suscitarán entre los lectores opiniones divididas, pero difícilmente les dejarán indiferentes. A mi juicio, constituye uno de los mayores méritos del libro el que no se limite a repasar lugares comunes, sino que nos ofrezca abundantes ideas, que abra discusiones, que busque en todo momento provocar y aguijonear el pensamiento del lector. Por ello, terminaré mi reseña discutiendo la otra afirmación que citaba al principio, ejemplo de la fertilidad que podemos encontrar en las páginas de Héroe, científicos, heterosexuales y gays. Nos dice Guasch: "La sexualidad es una estrategia de control social que regula el deseo erótico." Bien, una vez más se trata de una visión de la sexualidad comprensible desde un marco de análisis foucaultiano, donde la sexualidad no es más —ni menos— que una figura histórica, la clave de bóveda del dispositivo de sexualidad. Pero luego continúa el autor: "Con los datos históricos y etnográficos disponibles, puede afirmarse que esta clase de deseo es un universal humano. El deseo erótico está en todas las épocas y en todas las culturas" (p. 87). Guasch efectúa el desplazamiento desde la sexualidad al deseo, pero se detiene ahí. Podríamos decir que su acercamiento al tema se realiza desde el constructivismo, pero no desde un constructivismo radical. No deconstruye el deseo, lo cual le permite adentrarse en otro tipo de afirmaciones: "El deseo erótico amenaza el orden social porque permite relaciones sociales no previstas por el sistema: relaciones intragénero, interétnicas, intergeneracionales, interraciales, etc." (p. 87). Aquí el deseo se coloca fuera del orden social, fuera del sistema, se constituye como un tipo de amenaza que, siendo externa a lo social, sólo puede provenir de lo natural. Nos encontramos, pues, ante una naturalización del deseo erótico. Y lo que cabría preguntarse, entonces, es cómo algo externo al sistema, una amenaza proveniente del ámbito de la naturaleza, puede "permitir relaciones sociales", previstas por el sistema o no. Siguiendo esta lógica, estaremos intentando explicar hechos sociales, como las relaciones sociales enumeradas por Guasch aunque el sistema no las prevea, a partir de factores no sociales, lo cual no se aviene con el principio sociológico de que lo social debe ser explicado a partir de lo social.

Presentando nuestra discusión de otro modo, podemos preguntarnos hasta qué punto o en qué sentido se puede decir que estas relaciones sociales —intragénero, interétnicas, intergeneracionales, interraciales— no están previstas por el sistema. ¿No es el propio sistema el que las crea, o como mínimo el

que crea sus condiciones de posibilidad (de igual modo que crea las de la delincuencia, la enfermedad mental, etcétera)? ¿Acaso no es el sistema el que crea las clasificaciones que hacen posibles estas relaciones, construyendo identidades y posiciones de género, etnias, generaciones, razas, o clases? En mi opinión, las relaciones que Guasch menciona no sólo parecen estar ya previstas por el sistema, sino que es incluso probable que contribuyan a su correcto funcionamiento, o al menos a la fluidez del mismo. Podríamos hablar aquí, siguiendo a Gilles Deleuze y Félix Guattari, de la circulación general al interior del sistema, circulación de flujos, cortes, etcétera, circulación perfectamente prevista por el sistema y condición para su adecuado funcionamiento, al menos dentro de nuestro sistema capitalista.⁶ Desde esta perspectiva, el "deseo erótico" no sólo no constituye ninguna amenaza real para el orden vigente, sino que puede ser visto incluso como una condición de posibilidad del mismo, una especie de lubricante, algo que el sistema requiere y necesita. Lo veremos quizá más claro si a este "deseo erótico" lo llamamos directamente "sexualidad", en lugar de ver a ésta únicamente como la estrategia para controlar el deseo: la sexualidad como condición, como herramienta fundamental del buen funcionamiento —circulatorio— del capitalismo como sistema de desterritorialización de flujos. Claramente, en el ámbito del capitalismo "hiperconsumista" (Lipovetsky),⁷ el orden social ya no se basa en el mantenimiento de compartimentos estancos (géneros, etnias, generaciones, razas, clases...) sino en la circulación entre ellos, en la descompartimentación, en la desterritorialización, y para todo ello el deseo —erótico o no, sexual o no— constituye una herramienta de primer orden. El muro entre generaciones (o más bien entre la generación prohibida, la infancia, y las posteriores) permanece como el último reducto del orden, o el último tabú. Pero en todos los demás casos no sólo no encontramos ya ninguna amenaza, sino que encontramos incluso una expectativa: circulación libre, confusión, mezcla... Los avatares contemporáneos del género podrían ser leídos desde esta perspectiva. Precisamente, de lo que se trata es de circular entre los géneros, como entre las "identidades sexuales"; no existe amenaza alguna para el orden social capitalista en ello. Las amenazas, o bien son para otros tipos de orden (el tradicional basado en la religión, el familiar), o bien pasan por otra clase de rompimientos. Respecto a ellos habría que buscar y explorar las zonas del verdadero tabú, de los auténticos tabúes de nuestra época.

⁶ Gilles Deleuze y Félix Guattari (1995), *El anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós.

⁷ Gilles Lipovetsky (2007), *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*, Barcelona, Anagrama.

En definitiva, ¿cuál sería el deseo que puede poner en cuestión el orden social? El “deseo erótico” postulado por Guasch, ¿no sería más bien un deseo puesto al servicio del orden social vigente? Lejos de regular el deseo —¿qué deseo?—, la sexualidad constituye la forma que adopta el deseo en nuestras sociedades, el deseo permitido, claro está, el deseo construido sobre una carencia a la vez socialmente construida. Se trata de una máquina —una maquinación— social donde tanto la carencia como el deseo funcionan acopladamente: el “deseo erótico” se construye en función de una carencia erótica, la sexualidad se construye en función de una “necesidad sexual”, y vice-versa.